



DON NICOLÁS ESTÉVANEZ Y MURPHY: UN REPUBLICANO

CARLOS PINTO GROTE

Esto es un “entretien”, ni siquiera una conferencia y menos una investigación. Después de la magnífica obra que el gran escritor y polígrafo canario, mi buen amigo Marcos Guimerá Peraza ha dedicado a Estévanez, poco se puede añadir. Pero hablar de Don Nicolás y recordarle es siempre un quehacer gratificante y aleccionador.

Puede parecer extraño que un hombre de hoy pierda un poco su mundo y se traslade al pasado, más, si este hombre tiene a cuentas una tarea que no guarda relación alguna con ese pasado ni con sus centros de interés, distantes incluso de sus aficiones más queridas. No hablaré de Don Nicolás como poeta —que lo fue— sino como hombre y como político. Don Nicolás, aunque escribió versos no hizo otra poesía que la de la política, aunque ésta, si de algo carece, es de poesía. Pero en Don Nicolás ambas cosas podían fundirse, como ya veremos.



Y si hablo de la política en Don Nicolás es por no caer en el materialismo cínico que, como dice Huxley, es la excusa del hombre inteligente para no hacer nada en una situación intolerable.

El tiempo, ese exactísimo corrector de pruebas de la vida, me trae a Estévanez para que, con mi visión de hombre situado en este instante del mundo, en el que todo aquello por lo que Don Nicolás alentaba está en crisis, le enjuicie y le compare, teniendo sólo por tabla de valores la hombría y la verdad que nuestro hombre profesaba.

Sería de un gran interés —y aquí queda el tema señalado— estudiar el por qué de la fecundidad intelectual de un tiempo como el que vivió Estévanez.

En el mundo nace algo que se independiza de las nacionalidades y crece dando una montaña de cultura posteriormente no alcanzada. Esta especie de Edad del Oro de la inteligencia concluyó un día de este siglo en Hiroshima.

No nos vayamos por las ramas. ¿Por qué se escoge a un personaje y se medita y se escribe sobre él? A veces —las más— porque leyendo sus obras, sus memorias o su diario, hallamos en sus opiniones pie para exponer las propias, o bien para hacer sugerencias que dan origen al planteamiento de problemas que no hubieran tenido lugar si tal lectura no se hubiera hecho.

En el caso nuestro, hartos de contemplar un panorama político sin cohesión, quisimos enterarnos de si era la idea o el hombre lo que faltaba. Nos dio entonces por volver atrás la mirada a sabiendas de que no perderíamos a Euridice en el intento.

Entonces encontramos a Don Nicolás. Dentro del ámbito de su tiempo se nos destaca por su pureza de ideas, por su honestidad, por su inquebrantable fe en los principios democráticos y republicanos a los que sirvió por encima de su bienestar, por sobre su vida misma algunas veces. Esto nos movió a estudiarle. Esto y el que fuera canario y el que dijera “Santa Cruz de Tenerife es mi verdadera patria”.

Don Nicolás nace en Las Palmas de Gran Canaria allá por el año 1838 en el edificio que ocupó la Inquisición Provincial. Él dice en sus memorias que: “Nadie me tachará de demagogo por-

que sienta deseos de arrasar hasta la casa paterna”.

¡Qué diferente visión del fenómeno inquisición tenemos Don Nicolás!

La inquisición fue un agradable fin de semana para la vida si la parangonamos con las matanzas de hoy mismo y el Cardenal Don Fernando Niño de Guevara, un pobre infeliz buenísimo —que no condenaba a nadie sin un juicio real o amañado— si lo comparamos con cualquier guardián de uno de los campos de concentración repartidos por el mundo.

Don Nicolás viaja niño en el “Macacoa” a Tenerife y aquí vive ya. Olvida su suelo natal, pero tiene su pasión por Canarias sin que podamos nunca saber por qué los hombre tienen pasión por la tierra donde vieron el sol aunque se separen de ella al día siguiente, cuestión ésta que tiene su importancia. Al andar por el mundo se lleva la tierra dentro y se es, quiérase o no, de esa tierra, aunque no se conozca el idioma, como cuenta nuestro hombre que le pasaba a Blanc, el historiador, nacido en Madrid, pero más francés que Francia. Don Nicolás fue canario y no dejó de serlo ni en su muerte.

La goleta “Macacoa” se hundió cuando hubo dejado a Don Nicolás; Esto hay que tenerlo presente y recordarlo luego.

Me unen a Don Nicolás muchos lazos, y desde su “regocijada ultratumba” como diría Don Felipe Centeno, Don Alonso Quesada, Don Rafael Romero, que tantos nombres tenía el poeta, des-

de allí, digo, se sonreirá al ver al tataranieto de su profesor Don Juan de la Puerta Canseco, o al nieto de su amigo, Don Pedro María Pinto de la Rosa, hablar de él y de su vida en la Ciudad en la que vivió infancia y juventud: La Laguna.

Discorre la infancia y casi la primera juventud de Don Nicolás en Tenerife. Veraneaba en San Diego del Monte, magnífica propiedad, posesión de su abuela, uno de los más encantadores retiros que pueden darse a un hombre. Desde entonces data la amistad con mis antecesores y siempre oí decir a mi abuelo que “eran como de la familia”. De aquel tiempo es el descubrimiento de la inscripción en la ermita ruinosa que decía “El republicano José Antonio Pérez Carrión” y que Don Nicolás cuidaba y remozaba cada verano para que no se borrara. Por cierto que conoció al tal Carrión en Cuba, que seguía siendo republicano y del que se decía que estaba loco porque se había declarado abolicionista de la esclavitud. Se hicieron muy amigos.

Dejemos a Don Nicolás en San Diego, descansando un poco y asomémonos a su época, principalmente, a la política en su tiempo de juventud. Casi con él comienza la época que se ha dado en llamar de la Revolución Española, cuyos primeros chispazos tuvieron lugar en el año 1868, reinando aún Isabel II, o mejor diríamos, dejando de reinar, pues a decir de los historiadores ella tuvo la culpa de todo, que no lo creo así porque también otros la tuvieron,

pero esto no tiene mayor importancia. Lo cierto es que en España se puso de moda entonces la conspiración.

Aquellos progresistas republicanos que enlutaban a sus hijos cuando moría uno que era de los suyos —como le pasó al propio Don Nicolás cuando el fusilamiento de Zurbano—, se dedicaron al bello deporte de la conspiración y se conspiraba a troche y moche. Como tenían poco que hacer, mataban el tiempo conspirando, y como la cosa no pasaba de ahí, la verdad era que el gobierno los dejaba hacer.

La última mitad del pasado siglo XIX en España tiene, vista desde nuestro tiempo, un sabor a Francmasonería, a bombas Orsini y a conspiraciones. Todo un estilo encantador salpicado de anécdotas parlamentarias y sublevaciones insignificantes. La democracia —entonces republicanismo o progresismo— estaba en las manos de caballeros graves enlevitados que se paseaban los domingos por fuera de la Iglesia a la que no iban —porque la misa ya se la sabían— hablando de sus cosas, de la política nacional o local, mientras las damas rezaban y educaban a sus hijos en el santo temor de Dios.

Hasta qué punto el ambiente estaba lleno de progresismo nos lo indican las anécdotas que cuenta Baroja en su libro *Juventud, Egotatría* que, aunque no exactamente dentro del tiempo que relatamos pero sí cercano a él, son una prueba de nuestras afirmaciones, porque con Baroja intentó pelearse Dicenta, ya que había afirmado el primero

que Dicenta no tenía ideas revolucionarias.

Claro que, al final de todo esto, se encontraba la calle tan saturada de revolución que apenas con una insinuación apareció ésta.

Sería interesante poder estudiar de entonces, como al final de la Guerra Civil Española hizo Emilio Mira, la psicología del revolucionario de aquel tiempo, pero no puedo detenerme en ello. Basta decir que la mayoría eran caballeros y hombres de verdad.

Volvamos a nuestro Don Nicolás. Era republicano desde pequeño según nos dice, pero escogió la carrera de armas y en 1852 embarcó en el “Rianzares”, rumbo a Cádiz desde donde marchó a Toledo y en enero del 53 era Cadete de Infantería.

Anotemos que el vapor “Rianzares” prosiguió su viaje y aún no ha llegado a puerto: naufragó.

Éste es el segundo barco que hunde Don Nicolás. Y no fue el último.

Hasta el 57 hace Estévez vida castrense, y ya con el grado de Teniente es destinado a Llanes. Por cierto que, en Santander, de paso a Gijón, perdió el barco y tuvo que ir por tierra hasta Cangas y no fue a Gijón. Pero si él no fue, tampoco fue el barco, que se perdió. Y este es el tercer naufragio frustrado de Don Nicolás sólo que esta vez casi lo consigue. El baúl, que era toda su hacienda, quedó en el barco. De Cangas pasó a Llanes donde estuvo algo más de un año y desde allí fue destinado a Zaragoza. Y el 22 de diciembre del 59 desembarca en Ceuta y

hace la guerra al moro. En sus *Episodios africanos* está todo y más de lo que yo podría decirles a ustedes.

En el 63, a los 25 años, viene a Tenerife y desde aquí hace varios viajes a la península en comisión de servicio. Nos cuenta cómo subió al Teide en una ocasión durante su estancia.

“Diez o doce amigos que no habíamos hecho nunca la ascensión al Teide, entre ellos los Antequera, Vicente La Roche y yo, la efectuamos en el mes de agosto con más requisitos y más preparativos que si se hubiera tratado de ir al Polo y de invernar en los hielos. Profusión de capas y de mantas, de conservas y licores, de herramientas y de medicinas. Particularmente uno de los expedicionarios, mi amigo Frasco León, estaba preocupadísimo con los efectos del sol a semejante altura y en estación semejante; y para precaver los daños que temía, adquirió en una botica la untura recomendada por cierto explorador inglés o ruso que la había usado con éxito en América, en África y en Asia. La tal untura la llamaba León, “Ungüento del Himalaya”, y con ella se embadurnó la cara, según indicación de la receta.

El resultado fue que los otros, sin ungüento alguno, volvimos sin novedad, en tanto que León, untado y todo, descendió del Teide sin nariz, pues la manteca del Himalaya, derretida por el sol tinerfeño, se la convirtió en una fritura. El sacrificio nasal no se le olvidó en su vida al bueno de León, pues se llevaba la mano a la ex-nariz cada vez que se le hablaba del Teide.

No describiré la ascensión, pues ya lo han hecho, mejor que yo lo haría, centenares de viajeros. Sólo diré que no he visto jamás un espectáculo tan singularmente bello como el del amanecer presenciado desde el pico”.

Corre el año 64. Marcha a América con los Cazadores de Antequera.

Paso por alto esta otra guerra. Don Nicolás se casa en el 67. Este mismo año fallecen dos hermanos suyos y dos hermanas.

Viaja entonces de julio a octubre del 67. Y en el 68 se separa del ejército y dice “Consideré desde entonces que estaba desligado de toda obligación para con el gobierno, y libre ya de escrúpulos me puse a conspirar: oficio nuevo y lleno de encantos para mí, que era admirador ferviente de los carbonarios y soñaba en conspiraciones internacionales con Manzini, Kossout, Blanqui, Félix Pyat, Víctor Hugo, Crispi, Cluseret... Bien pronto me convencí de que la esfera de acción de nuestros más temibles revolucionarios no pasaba del puente de Toledo y hube de resignarme a oír contar las hazañas de Becerra, los planes disolventes de Sagasta y los grandiosos proyectos financieros de Madoz y Figuerola, hacendistas de la revolución que iban a dejar tamañito a Mendizábal”.

Este año de 1868 es el de máxima conspiración. Las hojas clandestinas circulaban profusamente. Es la época de las reuniones del Café del Siglo y el Suizo. Se mascaba la revolución.

En julio sale Don Nicolás para

Londres a entrevistarse con Prim, el mismo al que –durante su estancia en las Antillas y con motivo de un documento de desagravio a la Corona en el que se le nombraba cobarde– defendió con sus palabras y su gesto de negarse a firmar tamaña infamia ante el propio General Valmaceda “Mi General, he venido a firmar el redundante ofrecimiento de servir a la legalidad; pero tal como viene he manifestado a estos señores que no firmo. Yo no acostumbro a injuriar y menos que a nadie a los ausentes y nunca llamaré cobarde a Don Juan Prim porque me consta a ciencia cierta que no merece tan denigrante calificativo”.

Así se las gustaba nuestro Don Nicolás.

A su paso por París se encontró con que los exiliados españoles se combatían entre sí y que cada hombre tenía una camarilla y que se decían horrores.

Prim le dijo “En España no hay republicanos, sino cuatro ilusos como usted”.

Don Nicolás fue correo del General y el 29 de septiembre estaba en Madrid para celebrar el triunfo de Alcolea –según él, militarmente un simple ataque frustrado. Aquello en verdad no entusiasmó al buen Don Nicolás, hombre drástico en sus convicciones y cuando quiso gritar “Viva la república” tuvo que ejercitar el primer derecho que acababa de conquistar. El derecho a la fuga. Y bien deprisa, añade.

Aquello era un caos porque nadie se

ponía de acuerdo y Don Nicolás tomó al finalizar la noche del día 29 una copa de aguardiente y un buñuelo: el “Buñuelo simbólico” dice.

Y vuelve a vestir el uniforme. Ahora es ya Comandante, pero de reemplazo, la Monarquía no era, ciertamente, de su agrado.

Conspirando fue a dar a la cárcel en aquel intento absurdo de proclamar la República Federal. Órdenes y contraórdenes hicieron fracasar la intentona revolucionaria poniendo a Don Nicolás en un serio aprieto pues al querer fugarse de la prisión por poco pierde la vida. La Guardia Civil, a la que elogia en sus memorias, se portó con él caballerosamente, no atándolo como había ordenado el Gobernador Demócrata de Salamanca. Corrían entonces los últimos meses del año 70.

Asesinato de Primo. Llega Don Amadeo de Saboya.

En este periodo las actividades conspiratorias de Estévanez no cesan. Pero tampoco deja por eso de ser militar aunque se encontrara en situación de reemplazo. Junto a unos amigos funda el Ateneo Militar en el que se dieron extraordinarias conferencias.

Era tan grande la fidelidad de Don Nicolás al ejército que podemos decir que nunca intentó nada contra el gobierno mientras en tal situación estuvo, cualidad ésta que le ha valido en la posteridad la consideración de todos, consideración que ya tenía entonces en gran manera porque Don Nicolás rayaba en lo exagerado en estas y en muchas otras cuestiones. De todos modos les diré su opinión sobre el caso, con sus mismas palabras “El militar a quien sorprende un alzamiento debe cumplir como un soldado. Un militar no tiene más remedio que batir a los sublevados o sublevarse él mismo”. Y él siendo militar jamás se pronunció porque era algo contrario a su dignidad de militar, de hombre y de español.

Y nuevamente hetenos a Don Nicolás en activo y pidiendo un destino a Cuba que le es concedido. Esta vez no naufraga el barco.

Ocurren entonces aquellos sangrientos y desgraciados sucesos que tan en entredicho pusieron el nombre de la Patria. Me refiero a la matanza de aquellos estudiantes habaneros. Estévanez no puede más y abandona definitivamente el ejército. En aquella ocasión escribe:



“Sí, la fría razón podrá decirnos que la Patria es una convención, un artificio; que las fronteras no son inmutables; que así como se muere por casualidad en cualquier parte del mundo, también se nace en cualquiera otra por pura casualidad. Pero la razón no puede nada contra el sentimiento, y yo no podía renegar ni prescindir de una Patria por la que siempre he sentido algo semejante a la veneración. ¿Es una insensatez? ¿Es un absurdo? Conforme; pero que me arranquen las entrañas, porque en ellas, y no en el raciocinio, está lo que tengo de patriota.

El patriotismo fue, precisamente lo que me hizo abandonar la Isla de Cuba. Yo no podía permanecer en ella. Si hubiese permanecido, seguramente hubiera acabado mal; antes que la Patria están la humanidad y la justicia. Por otra parte el ejército en la Habana carecía de fuerzas para resistir a los voluntarios, para desarmarlos, para disolverlos, para exterminarlos si era menester, en desagravio de España. Pero pudo a lo menos protestar de la conducta de los voluntarios, y no lo hizo; lo que hizo entonces, como antes y después, fue prodigarles inmerecidas lisonjas que constan en documentos públicos. Una vergüenza.

Pasarán los años y los siglos, subsistirá el borrón, la mancha indeleble que echaron torpemente sobre España los cobardes asesinos. Y caerá también sobre el honrado ejército español, por no haber querido o no haber podido refrenar los desmanes de las fieras.

Los batallones de voluntarios de Cuba se componían de españoles y de cubanos adictos, gente en general tosca y grosera.

En algunos pueblos prestaron buenos servicios a España y se batieron bien; pero en las ciudades grandes, y en la Habana particularmente, no hicieron más que perturbar con sus exigencias, con sus abusos, con sus crímenes. Tenían por toda excusa el patriotismo inconsciente, y bien dirigidos habrían podido ser útiles. Pero sus jefes, sus consejeros, sus guías, los que los azuzaban a perpetrar todo género de enormidades, eran los viles negreros, piratas enriquecidos, y algunos abogados charlatanes y ciertos defraudadores del Estado, corruptores de los funcionarios, que se valían de las masas para sus fines políticos y para sus negocios. Hasta para delinquir invocaban el honor de España. Lo que el honor de España reclamaba no era sangre de inocente, ni siquiera de culpables, sino justicia, humanidad y honradez. Hubiéralas habido y no seríamos, como lo seremos, execrados por la historia”.

Embarca en la goleta yanqui “Star” en la que está a punto de perder la vida, pues también se hundió. Fue recogido por un mercante americano que le llevó a Cabo Haití, desde donde se trasladó a Santomás. No encuentra al Cónsul, pero entrega a un empleado su escrito para el Rey solicitando su licencia absoluta. Dice Don Nicolás para justificar la pérdida de la carrera que tan grata le era “Pero me había persuadido al fin y al cabo de que no se puede pertenecer a la milicia cuando se antepone la propia conciencia a todas las leyes, a todas las ordenanzas, a todos los prejuicios, de

profesión y escuela”.

De Santomás regresa a la Patria.

La República del 73 se proclamó, todo estaba preparado para ello. En las elecciones del 2 de abril, Don Nicolás es elegido Diputado por La Latina. Sólo que antes de esto hemos de prestar atención al episodio aventurero más importante de la vida de Estévanez: me refiero a la insurrección del General Contreras, que tan mal fin tuvo y en la que Estévanez tomó parte decidida. Lo que el llama “Mi campaña de Despeñaperros” fue una inútil resistencia y la “partida” de Estévanez se hizo famosa, hasta que el 30 de diciembre del 72, sin recibir noticias de Contreras y disuelta la partida, por aburrimiento de todos, regresa Don Nicolás a Madrid y se esconde en su casa —todo el mundo sabía que allí estaba, hasta la policía— y el 11 de febrero se proclama, al fin, la República.

El 24 de febrero llega la primera crisis del Gobierno. Figueras le llama a la una de la madrugada y tiene que tomar, casi a la fuerza, el mando civil de Madrid. Estévanez se dió cuenta de que la República aún no estaba madura. El vecindario era hostil y si se sostuvo él mismo respetándosele y haciéndosele justicia, fue porque dio pruebas de su imparcialidad y buen sentido. A los pocos ataques de la prensa contestaron precisamente los militares —el Brigadier Mogrovejo, carlista de inclinaciones—, defendiendo a Don Nicolás en todos los sentidos.

La República española no fue bien

acogida en Europa y se la combatió duramente. Esta fue una de las principales causas de su caída. Ésta y la absurda visión de los políticos de aquel tiempo que todo lo querían solucionar a base de un parlamentarismo oratorio que dio origen a multitud de frases altisonantes, pero a ningún resultado efectivo en cuanto a los destinos nacionales.

Nuevas elecciones en mayo. Don Nicolás es elegido Diputado por Baeza, Orgaz y Santa Cruz de Tenerife. Después ocupa el cargo de Ministro de la Guerra, pero como hubo seis en la República aquella, resulta que Don Nicolás fue el que menos ocupó el cargo —tres semanas— y sólo pudo hacer tres cosas: disolver los cuerpos francos, nombrar una comisión reorganizadora del Ejército y crear la Medalla de Cuba. Los cuerpos francos se disolvieron y la Medalla tuvo efectividad, pero el ejército no pudo reorganizarse porque en esto ya Don Nicolás había dejado de ser Ministro.

Poco después el golpe de Pavía. Y luego el exilio.

Pasó entonces Don Nicolás a Portugal con su familia. Allí vivieron, en Lisboa, Oporto y Coimbra hasta que, por las intrigas del representante de España en la nación lusa, le fue ordenado salir del país en brevísimo tiempo, teniendo que embarcar para Inglaterra y desde allí trasladarse a París. De nadie pudo despedirse y únicamente le acompañaron los amigos más íntimos en sus últimos días lusitanos. Antero de Quental le envía su adhesión más cari-

ñosa. Siempre los poetas estuvieron de su lado, allí y en todas partes, porque el propio Don Nicolás lo era en cualquier acto de su vida, como buen idealista.

Si no me refero con más atención a lo sucesos que, por aquel entonces tenían lugar en España es por no cansarles y sobre todo por no desdibujar la figura de Estévez con comentarios, si bien interesantes para el conocimiento histórico de nuestra patria, no halagüeños para ella. Estévez ha comenzado su exilio y merece la pena que nos detengamos un poco en esta situación vital de nuestro personaje.

Francia, Portugal, Italia e Inglaterra, las tierras calientes de África, América y todos los países del mundo han visto la tragedia del español exiliado. Le han visto conformarse y esperar con el mismo gesto digno, sobrio y elegante. Le han recogido muchas veces el cuerpo y lo han conservado en la tierra, aunque de un extranjero se tratase, porque las patrias son siempre las tierras en las que se viven los dolores y las esperanzas.

El exiliado siempre hace esta meditación: “Otros hombres más fuertes te han arrojado de la patria, ¿pero qué dirán de ellos y de ti los hombres del mañana?” ¿Están seguros de ser ellos los que tengan razón en ese mañana mismo? La voz del perseguido, si sabe tener la razón que la persecución da, hasta al que no tiene razón, esa voz es, a la larga, la que más alto suena.

La guerra civil es siempre una de las mayores calamidades que pueden caer sobre un pueblo. Pero una vez que ésta

se ha producido, lo único positivo que queda para el hombre que por esa causa ha perdido el hogar –cosa en verdad particularmente penosa para el español– es el vivir en el extranjero y la experiencia de esa vida que puede servir ulteriormente para más altos fines.

Don Nicolás se puso a vivir en París, en donde había ya otros canarios, que si no como exiliados, casi como eso vivían. Allí estaba, entre otros, Don Elías Zerolo, que dirigía por aquel entonces una publicación enciclopédica. Cuenta Baroja con su acritud de siempre, que Don Elías no le quiso dar trabajo a su llegada a París y que le pareció un hombre infeliz y lleno de miedo. Pero como Baroja no ha dejado títere con cabeza en sus memorias lo razonable es creerlo a medias.

Pero nos es útil Don Pío para nuestro conocimiento de Estévanez, ya que éste fue gran amigo y protector suyo, aunque esto no lo diga Baroja, seguramente por no querer agradecer nada a nadie, que él era así y la verdad muy otra, pues a Don Pío le ayudó Estévanez muchas veces.

Veamos lo que nos dice el buen Don Pío de Don Nicolás:

“Don Nicolás Estévanez era un buen amigo mío. En las temporadas que iba a París solía verle todas las tardes en el café de Flora del Boulevard Saint-Germain. Cuando escribí *Los últimos románticos* y *Las tragedias grotescas*, Estévanez me daba datos e indicaciones de la vida de París durante el segundo imperio. La última época en que le vi, el otoño de 1913, solía ir al Café con un papel con notas, para recordar anécdotas que quería contarme.

Los estoy viendo en el Café de Flora con sus ojos azules, su perilla larga y blanca y sus mejillas todavía sonrosadas, siempre tranquilo y flemático. Una vez le vi exaltado; fue un día en que Javier Bueno y yo le encontramos en un Café de la Avenida Orleans, próximo al “León de Belfort”.

Bueno le preguntó acerca del atentado de Morral, y Estévanez se descompuso. Luego un anarquista me dijo que la bomba que lanzó Morral en Madrid la había llevado Estévanez desde París a Barcelona, en donde se embarcó para Cuba, con el permiso del Duque de Bivona.

Supongo que esto es una fantasía; pero tengo la seguridad de que Estévanez sabía antes del atentado, que éste se iba a cometer”.

De todo lo que he leído sobre Estévanez puedo encontrar un denominador común: nadie que se ocupe de él tiene una sola palabra de agravio o mala intención. Lo que nos lleva de la mano a una conclusión cierta: Don Nicolás no tenía enemigos o si los tenía eran éstos de tanta caballerosidad que nunca dijeron nada sobre sus errores, que realmente

no fueron muchos.

Toda la estancia de Estévez en París está plagada de anécdotas que no voy a contarles a ustedes. Creo que tiene un mayor interés contar un poco la personalidad de este hombre digno, republicano, y hasta revolucionario que lo dejó todo por una idea, que hasta el final sostuvo convicciones justas, para el cual el militarismo era una fuerza cuando estaba bien dirigida y útil para la nación siempre que no tomara derroteros equivocados, algo que casi siempre pasa cuando los hombres, sean los que sean, hállanse en el poder.

La situación de Don Nicolás durante su ministerio fue privilegiada, porque tenía a su lado al ejército y porque pudo haber dado un golpe de Estado. Pero primero es la dignidad humana y después las propias apetencias e incluso las públicas si éstas chocan con las convicciones arraigadas en la sangre.

Cuando todavía el honor era algo valorado, cuando un ministro como Don Nicolás se negaba a cobrar su sueldo como tal y cuando a los ministros de Hacienda, como así ocurrió una vez, había que enterrarles de caridad, las cualidades de Don Nicolás no parecían, tal vez muy fuera de lo corriente.

Desde nuestro prisma temporal, lo que no quiso hacer Estévez se nos aparece como la misma dignidad en persona y en el fondo añoramos aquellos tiempos, relativamente tan cercanos y tan distintos.

Y ahora tengo que hablar del “zoon Politikon”, del hombre político. La elección objetiva que nos brindan los políticos de nuestros días, en todo el mundo, es ésta:

Comienzan como bandidos disfrazados, inescrupulosos labrando la ruina, la muerte y la esclavitud de sus competidores y soportando desesperadamente –hasta tanto– lo peor que sus competidores pueden hacerles.

El bribón afortunado recibe un trato distinguido y cristiano. No sólo es perdonado, es idolatrado, respetado y considerado. Sólo faltaría que le adorasen. Él mismo empieza a idolatrarse, a respetarse, a tratar de merecer el trato que recibe. Predica, escribe libros edificantes, da consejos para los jóvenes y finalmente persuade de que prosperó siguiendo esos mismos consejos. Funda instituciones y muere dejando un testamento que es un monumento a la moral y a la generosidad.

Y todo ello ocurre sin que nadie alce la voz.

Digamos más: el respeto universal por el poder y el dinero es el único promisorio de nuestra civilización, si algo no ocurre. Porque lo que

hacia Don Nicolás, hallar en cada lugar la ocasión para trabajar por la libertad y la democracia aunque se reconozca muchas veces que éstas no tienen dónde apoyarse, es casi imposible que ocurra hoy.

El hombre no puede ser caballero en estos días aunque quiera, dice Shaw. A ello hay que oponer un rotundo mentis. Pero para lograr la empresa hemos de hacer el sacrificio.

El político de hoy no tiene más razones que la fuerza y el temor. Y su base, como dice “Undershaft”, el genial personaje de *La comandante Bárbara* de Shaw es la siguiente:

“No sabe nada. Cree que lo sabe todo. Eso señala indudablemente hacia una carrera política.

Que no sepa el lado derecho de tu cerebro lo que piensa el lado izquierdo. Aprendí en Oxford que este es el secreto del extraño poder que posee el político para hacer partido de dos lados opuestos”, dice Shaw.

¡Qué difícil es encontrar hombres políticos que no tengan el deseo de mando, el afán de un lucro casi siempre encubierto, la oculta venganza personal como fin! Pasiones del ánimo son éstas, humanas al fin y al cabo, pero que encierran lo peor del hombre.

Cabría preguntarnos por el cambio que un hombre experimenta cuando tiene poder, aunque sólo sea insignificante cualitativamente.

El opuesto a quien sufre este cambio, es precisamente Don Nicolás. Hay que leer un manifiesto al pueblo de Madrid cuando era Gobernador Civil, en el que no ordena como puede verse. “Hago saber: que hallándose interesada la honra de la democracia en que ningún exceso empañe la majestad de su victoria y conviniendo a los intereses de la Provincia que el Gobierno y las autoridades puedan dedicar su tiempo al desarrollo de reformas salvadoras prevengo a todos bajo la responsabilidad de cada uno lo siguiente:

1. Los agentes de mi autoridad protegerán en su derecho a todos los ciudadanos que, llenando las prescripciones de la ley hagan manifestaciones en cualquier sentido.

2. Toda manifestación que siendo armada parezca imposición será disuelta por los agentes de mi autoridad.”

No creo que leamos algo parecido ya, nunca.

Este era Don Nicolás, el político y el anarquista, como tam-

bién ha dado en llamarse por algunos. Este era el hombre que jamás usó la fuerza, aunque la tenía, porque con ella coartaba la libertad.

Don Nicolás viajó todavía hasta el 1913. Ya en este año se asentó en París donde murió. Estuvo en Las Palmas en el año seis y visitó su casa y la iglesia en la que fue bautizado.

Preguntemonos ahora, en la tranquilidad del hombre que ve las cosas lejanas, cuáles eran las convicciones políticas de Don Nicolás Estévez. Porque no cabe duda de una cosa: situados en un punto de la historia, es posible enjuiciar el pasado con cierta alegría falta de un sentido crítico.

Figurémonos a Don Nicolás, republicano a machamartillo, desde su infancia, educado en el respeto hacia la libertad de los hombres, meditando y pensando, desde su puesto ministerial sobre el quehacer de un gobernante en una nación empobrecida y desunida. ¡Qué problemas se presentarían a su solución y cuántas veces las soluciones no podían ser tomadas porque lesionaban los intereses de la nación! Una vez que le preguntaron a Don Nicolás que para qué quería la libertad contestó: “Para hacer lo que me dé la gana, siempre que con ello a nadie pueda dañar”. Y el gran ejemplo suyo fue siempre ese; no dañar a nadie, porque desde su individualismo él se veía dañado también en sus convicciones, si hubiera pensado lo contrario o lo hubiera ejecutado.

Y es que Estévez era también poeta y escritor. Tenía de cada una de estas personalidades mucho en su sangre. Todos ustedes conocen sus escritos y algunos quizá hayan leído los “fragmentos” de sus memorias que comenzó a publicar en “El Imparcial”, corriendo el año 1899. Más raro es que se conozca el Diccionario Militar y los episodios de la Guerra y la Milicia. Estévez como escritor es ameno, con un estilo personal y lejano a todo preciosismo. Sus libros se leen como una novela y el interés con que cuenta las cosas, salpicándolas de anécdotas y ocurrencias, es grande siempre. Describe bien los temas que trata y no aparece en sus escritos, ni en instantes en los cuales el lector lo encontraría justificado, el menor reproche o palabra desagradable que pudiera herir a alguno de los personajes, porque su dignidad lo era todo para él.

Vamos llegando al final. Canarias ha tenido y tiene grandes hombres, políticos, poetas, escritores, pero quizá no hay entre to-

dos ellos uno con la personalidad y la fuerza de Don Nicolás Estévez. Aventura es afirmar esto, pero si nos preguntáramos para qué sirve la vida y la contestación fuera la más lógica: para vivirla, podemos entonces decir que Don Nicolás es uno de los pocos canarios que ha sabido hacerlo y que lo ha hecho con la más profunda y seria dignidad. Ortega dice que la vida ha de ser vivida seriamente y más seriamente que como Estévez la vivió, difícil es hacerlo.

Podemos ponerlo como ejemplo a todos. Creía en sus convicciones políticas y las sostuvo siempre. Los enemigos le reconocen su valía. Fue fundamentalmente bueno y siempre un hombre

de honor.

Es una pena que haya sido yo quien haya hablado de Don Nicolás Estévez, porque lo he hecho muy pobremente. Pero como siempre he creído que es necesario aprender en el trabajo decidí hacerlo. He aprendido, estudiando a Don Nicolás, lo que puede ser un hombre, un ejemplo único de hombre, que debe estar presente si queremos alcanzar la dignidad que fue la conducta ineludible de este canario impar, para el cual, la libertad y la república estaban por encima de todas las cosas.